



## Las metamorfosis

Publio Ovidio Naso (43 aC-17 dC) nació en Sulmona, cerca de Roma. Educado para la política, destacó en el arte de la retórica, pero su genio era esencialmente poético. En *Las metamorfosis* nos relata su propia visión mítica de la historia desde el inicio caótico hasta los tiempos del emperador Augusto. En este poema épico nos introduce en un cúmulo de historias cuya vinculación es el cambio y la mutación física de sus protagonistas, envueltos en luchas, desdichas y gozos, con el amor y el sexo como principal referente. La relación entre los mortales y los dioses, las consecuencias de la obediencia o la desobediencia se traducen en una recompensa o castigo y en una transformación final.

Las metamorfosis han sido fuente de inspiración de manifestaciones artísticas diversas como música, literatura y poesía a lo largo de los tiempos. Destaca especialmente la impresionante escultura de Gianlorenzo Bernini que ilustra esta artículo y que se puede contemplar en Villa Borghese (Roma).

Esta escena nos relata cómo el dios Apolo amaba a Dafne con una gran pasión, pero la ninfa no le correspondía y le esquivaba. En una ocasión Apolo perseguía a Dafne y ésta huía hacia las montañas para evitarlo. Cuando el dios estaba a punto de alcanzarla, la joven dirigió una plegaria a su padre Zeus, suplicándole que la metamorfoseara para poder escapar al asedio del dios. Su petición fue escuchada y al momento comenzó a transformarse en un laurel. De sus pies iban saliendo raíces y sus extremidades se convertían en frondosas ramas del árbol que desde ese momento fue el consagrado al dios Apolo y pasó a representarlo.

### Apolo y Dafne

El primer amor de Febo: Dafne la Peneia, el cual no el azar ignorante se lo dio, sino la salvaje ira de Cupido. El Delio a él hacía poco, por su vencida sierpe soberbio, le había visto doblando los cuernos al tensarle el nervio, y: "¿Qué tienes tú que ver, travieso niño, con las fuertes armas?", había dicho; "ellas son cargamentos decorosos para los hombros nuestros, que darlas certeras a una fiera, dar heridas podemos al enemigo, que, al que ahora poco con su calamitoso vientre tantas yugadas hundía, hemos derribado, de innumerables saetas henchido, a Pitón. Tú con tu antorcha no sé qué amores conténtate con irritar; y las alabanzas no reclames nuestras." El hijo a él de Venus: "Atraviese el tuyo todo, Febo, a ti mi arco", dice, "y en cuanto los seres ceden todos al dios, en tanto menor es tu gloria a la nuestra." Dijo, y rasgando el aire a golpes de sus alas, diligente, en el sombreado recinto del Parnaso se posó, y de su saetífera aljaba aprestó dos dardos de opuestas obras: ahuyenta éste, causa aquél el amor. El que lo causa de oro es y en su cúspide fulge aguda. El que lo ahuyenta obtuso es y tiene bajo la caña plomo. Éste el dios en la ninfa Peneide clavó, mas con aquél hirió de Apolo, pasados a través sus huesos, las médulas. En seguida el uno ama, huye la otra del nombre de un amante,





de las guaridas de las espesuras, y de los despojos de las cautivas fieras gozando, y émula de la innupta Febe.  
Con una cinta sujetaba, sueltos sin ley, sus cabellos.  
Muchos la pretendieron; ella, evitando a los pretendientes, sin soportar ni conocer varón, bosques inaccesibles lustra y de qué sea el Himeneo, qué el amor, qué el matrimonio, no cura.  
A menudo su padre le dijo: "Un yerno, hija, me debes."  
A menudo su padre le dijo: "Me debes, niña, unos nietos."  
Ella, que como un crimen odiaba las antorchas conyugales, su bello rostro teñía de un verecundo rubor  
y de su padre en el cuello prendiéndose con tiernos brazos:  
"Concédeme, genitor queridísimo" le dijo, "de una perpetua virginidad disfrutar: lo concedió su padre antes a Diana."  
Él, ciertamente, obedece; pero a ti el decor este, lo que deseas que sea, prohíbe, y con tu voto tu hermosura pugna.  
Febo ama, y al verla desea las nupcias de Dafne,  
y lo que desea espera, y sus propios oráculos a él le engañan;  
y como las leves pajas sahúman, despojadas de sus aristas,  
como con las antorchas los cercados arden, las que acaso un caminante o demasiado les acercó o ya a la luz abandonó,  
así el dios en llamas se vuelve, así en su pecho todo él se abrasa y estéril, en esperando, nutre un amor.  
Contempla no ornados de su cuello pender los cabellos y "¿Qué si se los arreglara?", dice. Ve de fuego rielantes, a estrellas parecidos sus ojos, ve sus labios, que no es con haber visto bastante. Alaba sus dedos y manos y brazos, y desnudos en más de media parte sus hombros: lo que oculto está, mejor lo supone. Huye más veloz que el aura ella, leve, y no a estas palabras del que la revoca se detiene:  
"¡Ninfa, te lo ruego, del Peneo, espera! No te sigue un enemigo; ¡ninfa, espera! Así la cordera del lobo, así la cierva del león, así del águila con ala temblorosa huyen las palomas, de los enemigos cada uno suyos; el amor es para mí la causa de seguirte.  
Triste de mí, no de bruces te caigas o indignas de ser heridas tus piernas señalen las zarzas, y sea yo para ti causa de dolor.  
Ásperos, por los que te apresuras, los lugares son: más despacio te lo ruego corre y tu fuga modera, que más despacio te persiga yo.  
A quién complaces pregunta, aun así; no un paisano del monte, no yo soy un pastor; no aquí ganados y rebaños, hórrido, vigilo. No sabes, temeraria, no sabes de quién huyes y por eso huyes. A mí la délfica tierra, y Claros, y Ténédos, y los palacios de Pátara me sirven; Júpiter es mi padre. Por mí lo que será, y ha sido, y es se manifiesta; por mí concuerdan las canciones con los nervios. Certera, realmente, la nuestra es; que la nuestra, con todo, una saeta más certera hay, la que en mi vacío pecho estas heridas hizo.  
Hallazgo la medicina mía es, y auxiliador por el orbe se me llama, y el poder de las hierbas sometido está a nos: ay de mí, que por ningunas hierbas el amor es sanable, y no sirven a su dueño las artes que sirven a todos."  
Del que más iba a hablar con tímida carrera la Peneia huye, y con él mismo sus palabras inconclusas deja atrás, entonces también pareciendo hermosa; desnudaban su cuerpo los vientos, y las brisas a su encuentro hacían vibrar sus ropas, contrarias a ellas,  
(continúa en la página 64)